

Juan Pablo II, el estratega de Dios, Señor de la Historia

MERCEDES GORDON

El mayor desafío del mundo actual, según el Papa, es conjugar libertad y justicia social, libertad y solidaridad, sin que ninguna quede relegada a un plano inferior.

Ya no hay mandatario que pregunte ¿cuántas divisiones tiene el Papa? Sin embargo, es asunto reconocido el mérito que le cabe a Juan Pablo II en el cambio geopolítico y de ciertas mentalidades ocurrido en el mundo durante los veinte años que lleva de pontificado, uno de los más duraderos de este siglo. Hasta el 89 la bandera roja con la hoz y el martillo cubría una

amplia zona del mapamundi. Actualmente ha sido reducida a China, Corea del Norte, Vietnam, Laos y Camboya. Cuba en el continente americano parece dispuesta a cambiar tras la reciente visita papal. Está dando los primeros pasos al acceder a la petición de amnistía para doscientos presos y al conceder a la Iglesia en la Isla una mayor capacidad de acción social y pública, si bien quedan metas importantes por lograr como la presencia de la Iglesia en la Educación, o el que los presos liberados no tengan que exiliarse. Pero el avance es irreversible, Cuba se abre lentamente al mundo. Fidel Castro permitió ya esa apertura

al recibir al Papa y al dar orden de que todos los actos se televisaran en directo en toda la Isla, cosa que nadie esperaba. El pueblo cubano ha podido escuchar sin intermediarios las palabras de libertad y reconciliación de Juan Pablo II que, siguiendo su peculiar estrategia, les ha puesto ante los ojos el alma cristiana de Cuba, escamoteada durante cuarenta años, utilizando las palabras de sus hombres más queridos, el Padre Varela, que pronto será beatificado, cuyos restos se conservan en la Universidad de la Habana, y las de defensa de la democracia que en su día hiciera José Martí. Juan Pablo II explicó la Revolución de Cristo.

Sería injusto quedarse en el denominado anticomunismo de Juan Pablo II, porque, desde el primer momento, ha afrontado muchos otros retos que podemos resumir, aunque vamos a hablar de ellos, en uno solo: proporcionar a la humanidad una nueva antropología de amor, justicia y solidaridad basada en el mensaje de Cristo. Asimismo la Iglesia, a la que entendemos como “el misterio de lo divino en lo humano”, llamada a ser *Lumen gentium*, de la mano de Juan Pablo II se ha situado plenamente en el camino del hombre, de todo hombre, del hombre concreto. Por ello, la denuncia de Juan Pablo II señala tanto al materialismo marxista como al capitalismo materialista, o sea al socialismo real que despreciaba la libertad del hombre y al neoliberalismo capitalista que subordina la persona humana y condiciona el desarrollo de los pueblos a las fuerzas ciegas del mercado, gravando desde sus centros de poder a los países menos favorecidos con cargas insoportables. Acaba de proclamar en La Habana que, aunque los tiempos y las circunstancias cambien, siempre hay quienes necesitan de la voz de la Iglesia para que sean reconocidas sus angustias, sus dolores y sus miserias.

Un mundo dividido

Cuando Karol Wojtyla nació en Wadowice, pequeña ciudad polaca, en 1920, la sociedad industrial y el liberalismo capitalista con sus secuelas de pobreza y marginación habían hecho brotar las ideologías contrapuestas del marxismo-leninismo, o sea del comunismo, y del nazismo y el fascismo, que comenzaban su contaminación de Europa. Pocos años después se iniciaba la segunda guerra mundial con una secuela terrible de males: lucha de clases, genocidios, holocaustos, gulags, bombas atómicas, destrucción, totalitarismos, dictaduras, espionajes, odios. Desprecio del hombre, en suma.

De aquella guerra salió un mundo fraticida, dividido en dos bloques que por un lado capitaneaba la URSS adueñada de la Europa del Este y de China con su versión maoísta, ideología exportada al continente suramericano y muchas naciones africanas. Y por otro, los EE.UU., Japón y gran parte de Europa. En medio, los no alineados, la India y los países árabes. La lucha por la hegemonía entre ambos bloques llena capítulos sangrientos de conflictos y guerrillas por doquier, sobre todo en Iberoamérica, Asia y África.

De los años cincuenta al ochenta y nueve, la guerra fría con sus tensiones bélicas condujo a una carrera de armamentos, que estuvo a punto de desencadenar una guerra nuclear y, acaso, la destrucción de la humanidad. Además, se difundió una utilización sesgada del mensaje de Cristo mezclado con el mensaje de Marx y su lucha de clases que captó a muchos cristianos.

En este contexto histórico Juan XXIII convocó el Concilio, cuyo gran arquitecto fue Pablo VI. Juan Pablo I hizo posible la elección del gran Papa Pastor que hacía falta, Juan Pablo II, que está siendo el realizador del Vaticano II y de su concepción sobre el hombre, el mundo y la Iglesia, a lo largo de

su pontificado audaz, itinerante y evangelizador.

La elección del cardenal Karol Wojtyla, arzobispo de Cracovia, en el cónclave de octubre de 1978 dejó sin aliento a los dirigentes de ese medio mundo del bloque comunista, mientras el otro medio bloque se preguntaba quién era. Moscú conocía bien al joven cardenal polaco y la fuerza de su mensaje de defensa integral de los derechos humanos, de la persona humana, el atractivo de su pensamiento que convocaba tanto a los cristianos como a los agnósticos, tanto a los intelectuales como a los obreros de Polonia.

Esa era la bandera que el nuevo Papa llevaba a Roma junto a sus pocas pertenencias —unos libros de rezos y otros de filosofía— además de ese estilo natural, humano, directo, ajeno a las complicadas tradiciones de la curia romana, de sacerdote de una pieza, que tanto impactó al mundo. Un Papa que hablaba lenguas y estudiaba las que no sabía. Que llamaba por teléfono a los párrocos de Roma o a los dirigentes del mundo. Que impartía los sacramentos al pueblo sencillo. Que en lugar de quedarse en las estancias del Vaticano se puso a recorrer incansablemente el mundo. Acaba de realizar su viaje internacional número 81 a Cuba.

La defensa del hombre

La primera encíclica: la *Redemptor Hominis*, resultaba un documento programático. Juan Pablo II hace ver en ella cómo la defensa de los derechos del hombre forma parte del Evangelio y son el eje de toda afirmación sobre la persona humana. Es una convicción existencial de quien fue testigo de Katyn, Auschwitz, Oswiecim, además de checas y gulags. Y es una convicción teológica, cristocéntrica, de quien cree en Jesucristo, Señor de la Historia. En efecto, se siente comprometido a defender la imagen de Dios

en todos y cada uno de los hombres, creyentes y no creyentes.

Esta ha sido su fórmula evangelizadora y humanista que ha socabado los totalitarismos marxistas de Occidente donde se había pretendido hacer desaparecer la dimensión religiosa del ser humano, o, en todo caso, reducir la religión a la esfera de lo meramente individual, despojándola de todo influjo social. Nadie pone en duda la contribución de Juan Pablo II en la anulación del tratado de Yalta y en la caída del Muro de Berlín en 1989, un decenio después de su elección y ocho años después de su frustrado atentado. Tampoco cabe cuestionar su obra de restauración de libertades en las dictaduras iberoamericanas: Haití, Brasil, Chile, Argentina o en Asia, Filipinas. Se deja ver ya su influencia en Cuba.

Juan Pablo II ha utilizado métodos muy personales. No sólo las cartas dirigidas a los mandatarios del Kremlin o de la Casa Blanca en los apurados momentos del comienzo de los 80 cuando las cancillerías del mundo temían la guerra nuclear y las conversaciones de Ginebra caminaban lentamente, sino el contacto directo con los dirigentes políticos de todo el mundo, fueran del sistema que fueran, de hombre a hombre. Sus visitas pastorales han llevado siempre en sus programas, pese a todo tipo de críticas, el encuentro con el Jefe de Estado de turno, sea quien fuere, incluidos dictadores de distintos bloques: Jaruzelski, Pinochet, Duvalier, por no alargar la lista con los mandatarios africanos y, recientemente, Fidel Castro.

El sentido de la historia que le caracteriza y su experiencia del comunismo unidos a su talante intelectual —soñaba con ser catedrático de ética en la Universidad de Cracovia cuando Pablo VI le nombró obispo— le ha llevado a utilizar una estrategia cultural muy suya ayudando a

recuperar el pasado histórico de los pueblos escamoteado y a veces tergiversado por los hábiles “maestros de la mentira”. Esto explica su afán por celebrar los centenarios, por nombrar copatronos de Europa a Cirilo y Metodio junto con San Benito, por organizar peregrinaciones, novenarios, canonizaciones para rehabilitar las raíces históricas de las naciones y de los pueblos. Tales acontecimientos refrescan la memoria y revitalizan la conciencia colectiva de los pueblos cristianos. Ahora, el anunciado Jubileo de 2.000 dedicado a lograr una peculiar sensibilidad hacia la justicia y la promoción del desarrollo social.

El Papa mima a Iberoamérica. Durante nueve años antes de la celebración del V centenario en 1992, se llevó a cabo la nueva evangelización que tuvo su punto de partida el 12 de octubre de 1985 en Santo Domingo con Juan Pablo II. En 1988 potenció la Comisión Pontificia para América Latina. En Cuba, durante el año que ha precedido a la visita del Papa la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de la nación y de arraigada devoción popular, fue llevada de parroquia en parroquia por toda la isla, hacía el viaje de incógnito (en furgoneta cerrada) por imposición de las autoridades pero la gente acudía a recibirla desbordando todas las previsiones. Bajo la presidencia del arzobispo de La Habana, cardenal Ortega y Alamino, los 11 obispos cubanos han realizado una labor de gigantes en medio de una Cuba oficialmente atea pero que nunca rompió la relaciones con la Santa Sede desde que se iniciaron en 1935. Iberoamérica cuenta con 27 cardenales de 12 países, de los cuales 23 son electores. 21 han sido nombrados por Juan Pablo II.

Otro instrumento utilizado han sido sus doce encíclicas, nueve exhortaciones, innumerables cartas y mensajes además de otros textos pastorales pronunciados en el

Vaticano o en sus viajes que constituyen una documentación exhaustiva. Una realidad bien aprovechada son los sínodos, que reúnen a los episcopados del mundo en Roma, aúnan mentalidades y refuerzan la colegialidad. El de Asia se celebra este mes de abril.

La libertad religiosa

El prestigio de Juan Pablo II ha doblado las naciones relacionadas diplomáticamente con la Santa Sede. Si en 1979, al morir Pablo VI, eran 87, al comenzar 1998, el número asciende a 165. Entre ellas, incluso Estados musulmanes: Pakistán, Bangladesh, Indonesia, Sudán, Nigeria, Turquía, Líbano, Egipto, Túnez, Argelia, Marruecos, Irán, Irak, y Libia. La Santa Sede quiere tender puentes entre universos culturales alejados y promover la libertad religiosa. El mensaje que cada año dedica a los embajadores acreditados es un análisis del estado del mundo y una defensa de los pueblos con problemas. Pocos conocen el impulso que dio Juan Pablo II a la Conferencia de Madrid, que Bush no acababa de convocar, para iniciar el difícil proceso de paz entre israelíes y palestinos. Hace más de un lustro condenó la táctica de los bloqueos económicos con que se quiere castigar a los enemigos, pero se penaliza a los pueblos. Juan Pablo II fue el primero en condenar la guerra del Golfo ante la sorpresa de Washington. Y en los días de tensión que acabamos de vivir de nuevo, Clinton ha visto cómo los cristianos de Irak, sus obispos e incluso el Nuncio han condenado el eventual ataque bélico. La actuación del nuncio en Cuba, monseñor Beniamino Stella, que llegó a la isla en 1992, ha sido determinante para Cuba tanto en el viaje de Fidel Castro a Roma como de Juan Pablo II a La Habana.

La diplomacia marcada por Juan Pablo II vigila los derechos humanos y defiende que “un Estado moderno no puede hacer del

ateísmo o de la religión uno de sus ordenamientos políticos”. En este campo marca la misión de promover un sereno clima social que permita a cada persona y a cada confesión religiosa, vivir libremente su fe, expresada en los ámbitos de la vida pública, y contar con los medios y espacios suficientes para aportar a la vida nacional sus riquezas espirituales, morales, cívicas. Propuesta para todos, pero que mira al mundo islámico, desde la visita al reino de Marruecos en 1985.

La línea de este pontificado sigue la misma ruta de defensa del hombre, de todo hombre, del hombre concreto, en nombre de Cristo, que se había trazado inicialmente. En plena sociedad pos-modernista Juan Pablo II, a sus 78 años (los cumple el 20 de mayo) y a pesar de su precaria salud, sigue trabajando para cambiar el mundo. Clama para evitar los conflictos armados y acaba de decir desde la ventana más mirada del mundo que “todos estamos convencidos de que nuestro deber es buscar, y que es posible encontrar vías para superar las tensiones por encima de la lógica de los conflictos”, refiriéndose al conflicto EE.UU.-Irak.

No menos sonoras son sus denuncias de la injusticia y la inhumanidad del capitalismo rabioso en la economía globalizada, o al abogar por la cancelación de la deuda exterior de los pueblos del tercer mundo, que grava a los países más desfavorecidos con cargas insoportables. Es incansable su defensa de la libertad religiosa de las gentes, su esfuerzo ecuménico, al que ha dedicado su última encíclica (1995), su afán por acercar a los creyentes de las tres religiones monoteístas, por aproximarse a China, por apoyar a los débiles y a los pobres.

Para los sistemas políticos y económicos hoy vigentes el mayor desafío que les plantea Juan Pablo II sigue siendo el conjugar libertad y justicia social, libertad y solidaridad, sin que ninguna quede relegada a

un plano inferior. Tema preferido de sus tres encíclicas sociales.